

editorial

Es innegable que la actividad científica y tecnológica ocupa un lugar preponderante en el mundo contemporáneo. Sin embargo, la percepción que se tiene de ella está lejos de ser totalmente favorable. Existe un sentimiento ambivalente en la sociedad en relación a su función, sus objetivos, sus aplicaciones, los intereses que conlleva y los beneficios que realmente aporta. Impresiona por los artefactos tecnológicos que pone en el mercado, o que promete crear, capaces de cambiar la vida cotidiana; más también espanta, al despertar temores profundos, casi milenaristas, ensombreciendo cada vez más el despliegue científico y tecnológico. El llamado “principio de precaución”, erigido en ley en países como Francia, es resultado de esta percepción. Pero no sólo se trata de los riesgos tecnológicos, los beneficios que desde hace siglos promete se han cuestionado severamente por diversas razones, por situaciones verdaderamente paradójicas. Por ejemplo, se hace investigación científica para obtener medicamentos que luego no pueden allegarse quienes más los necesitan, como el caso de los empleados en el tratamiento del sida, incluso en nombre de la propiedad privada se elimina la producción de genéricos en los países más afectados, como Sudáfrica y la India. También surgen casos donde se percibe como una amenaza nacional, como ocurre con la imposición de variedades transgénicas de maíz en nuestro país, sin importar las incertidumbres sobre todos los riesgos que implican, los cuales aún no se han disipado. Por estas razones, y otras más, la alianza entre la investigación científica y la industria privada es cuestionada, sobre todo debido a que se presenta como la opción preponderante para el desarrollo de las instituciones públicas de investigación. La necesidad de esta alianza es irrefutable, pero no debe ser la única, pues lleva a la concepción de una ciencia de corte totalmente utilitario y mercantil, cuyos beneficios sociales son reducidos. Es preciso impulsar otras áreas de la ciencia y el desarrollo tecnológico cuyos fines no sean mercantiles, sino más bien, para beneficio público, tanto espiritual como material. Para ello es necesario dar voz a la sociedad civil, a las organizaciones no gubernamentales y otro tipo de asociaciones productoras de conocimiento, y apoyar sus iniciativas y propuestas en materia de investigación —proyectos de salud, ambientales, de software libre, etcétera. Aquí es donde la percepción pública de la ciencia resulta fundamental. Pues, ¿cómo elaborar una política de desarrollo científico y tecnológico sin tomar en cuenta lo que piensan los ciudadanos? La reticencia de los científicos ante esto es generalmente muy grande. Sin embargo, en lugar de ver en la sociedad un enemigo que podría coartar la libertad de investigación, los científicos deberíamos ver en ella un aliado. En la medida que la sociedad comprenda mejor el interés que presenta la ciencia —lo cual no significa que comprendan a la perfección las teorías y demás aspectos del quehacer científico—, mientras menos dudas ensombrecan su percepción, mayor será el apoyo que podrán brindar a ésta. Como siempre que se trata de un tema de relevancia social, *Ciencias* busca poner sobre la mesa diferentes puntos de vista y contribuir al debate; en este caso, a su incipiente desarrollo, ya que, lamentablemente, es un aspecto poco tratado en los medios. ☉